

**JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS**

# **AL FINAL DE LAS HUELLAS**



**POEMARIO  
JULIO 2002**



*Colección Poemas de Luna*

© JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

*Fotos: José Luis Moya Palacios*

*Poemas: José Luis Moya Palacios*

*Prohibida toda reproducción de fotos o texto sin permiso del autor.*

# PORTADA

Este poemario *"Al final de las huellas"*, fue escrito en el ir y venir sobre las playas de arena del Mar Menor a lo largo de Julio de 2002. Siempre las mismas pisadas bajo el sol. Peregrinando un viaje sin retorno posible a la infancia, mientras el corazón sueña un bosque húmedo de helechos y la paz del heno.

Noches iguales de estrellas y nenúfares. Buscar escondites en el silencio de las campanas, y en el alma a solas, anidan interrogantes.

Mirada errante. Voy y vengo por los pasillos, en la verdad de mi tierra inundada. Atrás queda el verano de aquellas bicicletas sobre el puente...

Regresa el corazón a escondidas nostalgias, a las noches de cielos sin luna. Sobre las pisadas de la tarde ya olvidé los besos de moras.

Hoy, araño deseos con las manos, buscando un más allá del arco iris. Y miro el tiempo del mundo en las estaciones que me quedan por vivir.

Sé que los ojos de la muerte me llamarán mañana, cuando termine la primavera de las dalias. Contra la soledad del barco me quedo, con ese saxo y el vino.

En las tardes sin golondrinas lloraré todo aquello que he amado.

Asciende por la proa el viento húmedo del mar. Marinero en tierra. Corazón sin tiempo. Mirada de noche. En la hebilla de los sueños, sobre los días que aún me restan, tú sabrás que te he querido.

Esperar un día más. Timón sin rumbo fijo. No llegar ya nunca. Saber que las mañanas ya no tienen retornos. Vivir en el poblado de la lluvia, en el desamparo de los pinos. Una geografía de silencios está en los mapas. Se quema la vida en un vaso de aceite, en los caminos del mar.

Pago un peaje de pisadas y tiempo para asistir a la soledad de los árboles. No hay cuartos crecientes en las lunas. La luz del invierno está junto a mis copas vacías. Se necesitan más horas para el silencio de los pañuelos en los ojos. Pájaros náufragos hasta el final de las huellas. Las veletas de los gallos apuntan las suertes al sur.

Para que no haya tristezas, cierro las puertas de mi casa. Quiero parar la vida sobre la playa, cuando llegue el mensajero de la vejez. En las manos tendidas termina mi horizonte. Grita el tiempo del dolor muertas esperanzas. No sé cómo acariciar un sueño cuando ya no hay flores, cuando son tan amargas las almendras.

Ya no tengo tiempo para ir al otro lado de la dársena, en busca de la vida. No queda calor en los labios para superar las horas de distancia. Será mejor morir a solas, sobre los signos de los mapas, en el silencio de los lirios. Tengo los pies mojados de tanta noche sin caricias. El otoño me viste con la túnica de septiembre, con la soledad que deja tanta ausencia.

Miro por la ventana los navíos que parten. Un bramido de sirena en mitad de la bahía. Se desgarran la niebla en dos con dolores de silencio. Busco un recuerdo vegetal que ponga alegría en los ojos. Y sólo la niebla, como sudario de difunto que se arrastra, abraza al mar. Beso de faro. Intermittencia de sueños sin timonel. Por las arrugas de los ojos y las cartografías de los mapas, una estrella apunta al cielo. Nacerá otro tiempo varado en la esperanza para volver, para partir, para tornar siempre al regreso *“al final de las huellas”*.

A handwritten signature in dark ink, reading "José Luis Moya P.". The signature is stylized with large, flowing loops and a long horizontal stroke at the bottom. It is positioned to the left of a vertical red line.

*José Luis Moya P.*

La Manga del Mar Menor. Julio 2002.

# POEMARIO

*Al final de las huellas* los cimientos del sol están vacíos de cielo. Lluve sobre las dalias. Mojados están los campanarios de palomas. Tú me sabes en el confín de los secretos, en la trayectoria de los colores, en el sabor del agua. Cercenan los rayos la piel de los árboles mudos. Una ensenada de lluvia llega y apaga el eco de las voces. Me voy yendo. Estreno un poema húmedo en los soportales del tedio, para comprar tristezas. Sin ti, en los ojos, tengo de mañana, todas las soledades del humo.

Para ti la luna toda, para tus senos, en esta primavera de carmines inacabados. Roza el tiempo de sueños el mármol y en la nostalgia habitamos una estrella. Orilla de la noche. Paz de heno y trébol en el silencio de campanas. Las golondrinas aguardan ahí afuera. En un vaso de agua quedan margaritas prisioneras. Y a solas, una noche para los dos, junto a los pinos.

Deja tu corazón de bosque húmedo, junto a mis manos que te desean. Parte sobre las calles de lluvia. Cierra los ojos conmigo en la ternura de la mañana. Quedémonos abrazados contra las flores, en el temblor de una esperanza. En los sueños Tengo espejos de sueños repletos de besos y memorias. Sobre el corazón de las naranjas está el horizonte que buscas. Conmigo baila hasta la tarde en una desnudez sin límites. Las arenas y el mar nos rozan los ojos con la edad de los años.

Nenúfares de agua y silencio. Tarde caliente de pétalos y manzanas. Bajo los párpados de pinos, tus senos blancos. En las manos, ardiendo ilusiones y la desnudez de tu cintura. Altos maíces balizan el cielo en busca de dromedarios perdidos. En los sueños me desparramas susurros, y tú y yo, abrazados al destino de las rosas.

Danza la noche en los ojos. Todas las estrellas están juntas creando el cielo de los árboles. Ahí está esa luna que pregunta su hora de nacer. Abraza la piel el perfume de las mentas. Y estoy aquí, en silencio, en mitad del bosque. Somos demasiado pequeños para el universo. Esperar a nadie sobre la noche. En los ojos tenemos marcas de ceniza. Atesoramos lapislázulis para sobrevivir... y el tiempo se nos va en el tránsito del humo. Silencio de espera. Crecer frente a las campanas, en las horas que endurecen las palabras. Amar la oscuridad para vivir los contraluces y las sombras.

Bajan los mensajes del amanecer a la conciencia, para eructar almendras amargas. Hoy es un día sin paisaje. Y voy a robar las malditas preguntas al silencio. Luz y sombra, caminan por la voz de los meandros. Tengo un paisaje a las espaldas de extintas lunas. Resbalan las tristezas por las carcomidas maderas. Y voy y vengo en los pasillos, por la verdad de mi tierra inundada. Melancolía y lluvia empapan el trébol de suicidios. Sólo salvo para ti aquellas flores amarillas, mientras otro otoño más, besa de silencios nuestros ojos.

Atardecer sin alas. Nenúfares y caracolas. Crece de noche el tiempo. Ojeras de otoño destemplado vagan por la marisma. Y no sabes que hacer tras la ventana. Se movilizan leyendas más allá de sueños y palabras. Sobre la bahía y el mar, queda un solo de saxo para la música. Me pierdo entre las palmeras. Mirada errante. Silencio largo. Tarde azul sin perfumes de magnolias. Doblo una hoja de papel, mientras la noche llega a mis rodillas.

Un verano a flor de piel. Atrás quedaron las bicicletas y aquella playa de sol y auroras. El corazón regresa a las escondidas nostalgias, a las noches de cielo sin luna. Los barcos navegan mil rutas y en tus ojos escucho el mar. Día azul de septiembre y barro. Nubes sin alas. Cosido estoy a los recuerdos. Sólo espero, con nostalgias, que a las caracolas de ayer pronto lleguen de nuevo primaveras.

Se filtra lento el otoño por la pradera verde besando las hojas. Eternamente baja el río en el silencio del reloj. Cierro los ojos ante el escote del tiempo. Por los párpados resbalan aquellas estaciones, buscando el dialecto de la niebla. Y la tinta, hoy es más oscura en mis poemas. De mañana, en los sueños del humo y las palomas, el otoño hoy, ha dejado en mi más años.

Por los pasos de la tarde voy contigo, hacia la arboleda que nos llama de amarillos. Miras el mundo buscando señales y el destino está en los troncos clavado con puntas de acero. En las prisas de la tarde quedaron los besos de moras. No hay más tiempo para vivir, amor, bajo las arcadas del cielo. De camino a la ciudad, el otoño arrodillado, besó la claridad de los maíces....y tú y yo juntos en las horas de los labios.

Estoy en tus ojos de mañanas, cuando llora el rocío, cuando nace el pan reciente, cuando despiertas para hacer historia de camino. En los signos del zodiaco están tus golondrinas. Contra el corazón de los castaños se incrusta la luz del mediodía. Y no hacen falta palabras para quererte por las tardes. Araño los puentes de la vida, para llegar de noche al alma de tus sueños, sobre las cúpulas de los álamos.

Busco un mundo de piedras blancas, ternura que nadie necesite, palabras de lluvia y sol, sueños de hierba de cara al cielo. Frente a mi ventana se despliega un lento paraíso de azules. Tú estás en este aire de mañanas limpias, de musgos y mimosas. Dejo rodar el tiempo hasta tu valle, hacia las horas de pinos, hasta la edad de nuestros besos, hasta otra tarde de moras...

Nos convoca la lluvia junto a los cristales, y a este octubre me siento atado. Pesa la noche dentro, como metal. Tengo un pozo al fondo del bosque, donde caen las hojas cuando terminan los días de mimosas. Avanzo por los sueños, para luego expresar aquellas palabras por decir. En el fondo del otoño, contra las hojas amarillas me quedo a solas, aguardando la llegada lenta del frío...

Miro el mundo contigo, en el tiempo que nos queda por vivir. Disuelvo la memoria en el agua de lluvia, para no tornar la vista atrás. Nado alegrías de mañana en la claraboya de tus ojos. Las noches de nardos espero el amanecer, junto al silencio de los espejos. Guardemos este fuego mientras dure, en el celofán de las mañanas y caminos, en las nieblas de noviembre, en las tardes claras del mes de abril.

Piedra de musgo y agua. Por tu cauce camino en busca de un corazón más blando. Hasta el mar, tu imagen duerme en la noche. Fluyen las ovas por tu vientre estéril, con deseos de alcanzar una dársena de mar. En los crótalos de los juncos se prende ya el otoño, mientras el alma madura de serrines al borde de las aceras. En la soledad, contigo, dejo abandonadas las tardes de septiembre, junto a las risas de los niños, junto a las golondrinas que ya partieron.

Sol del verano detenido en los membrillos, ven a mi musgo en el tiempo de palomas. Se doblega la tarde contigo, junto al silencio inasequible de los árboles. Tu corazón y el mío maduraron de deseos y las manos solo buscan ternura en un valle sin prisas. Quisiera que se durmiese por un día el tiempo del reloj, y las horas de las norias. Te llamaría por tu nombre entonces, para compartir sólo atardeceres y carmines.

Contigo en la ternura, más allá del tiempo de la vida, de los árboles y el mar. Te llevo en la memoria de los días, viajera de guirnaldas y de nidos, en las rutas de las cañas, en los signos del graffiti. Nuestro corazón es cosecha de racimos junto al río, en el alma de los luceros que brillan. Quietos estamos en los besos últimos, en el roce de la piel, en el cariño de las manos, en la paz del mundo.

Tarde de azul y nubes. Aún resuenan voces de niños contra las cofias del cielo. Flores mojadas. Aquella luz de lluvia de tus pupilas. Las espadañas en la textura del crepúsculo. Hiedra y madera tejen pétalos al sol. Aire de sentimientos compartidos en las hojas de los maíces. Envejecidos álamos de camino lento... y el otoño en la tarde del río, sobre un fondo de lunas. Me llega tu entrega de miradas en mitad de los silencios. Eres todo lo que tengo en mi horizonte pequeño. En el rocío de tus ojos sin balcones, vengo a soñar contigo esta mañana.

Se fueron ya las cigüeñas de la torre, a otros santuarios de campanas. En nuestras maderas quedan los recuerdos vividos, las luces desnudas de las piedras. Trepando por la tarde de septiembre, la memoria cristaliza ya otros sueños. Otro tiempo de regresos, otra infancia, cualquier día del mes de abril.

Pasos. Tiempo Húmedo. Mañana lenta de caracolas. Por la sabia de los árboles caminan silencios de otoño. La voz de ayer anidó en las rendijas.

Acuchilla el sol pálido las piedras, y las primeras hojas del otoño en este rincón se han detenido. En un banco tiritan huérfanos de frío los gorriones. Hoy sólo recuerdo tu nombre, escrito aquel verano en la arena. Y más allá no hay nada, y sólo tus ojos, en el contraluz del cielo.

Bajo las lunas, sobre la acera del tiempo, aún nacen violetas. Estoy en el silencio que pinta la noche, a solas con tus semillas. Sé que marchó hacía el frío, pero para siempre estoy en tus raíces. Cruzo esa calle que me separa de la tarde y tus manos me llegan en oleadas lentas de pañuelos. En el crepúsculo de lapislázulis están tus ojos, para ese último beso de adiós.

Lame el tiempo el fuego y se desangra la vida por el corazón. Buscas un sueño para vivir en los ojos de una estrella. Inesperado beso del aire. La noche nos consume de alquitranes y ginebras. En los candelabros de ayer, sólo hallas ya cenizas. Contra la muerte me cobijo, en los pozos de la noche. Y no quiero que de madrugada, jamás ya salga el sol.

Sé que los ojos de la muerte me llamarán mañana, cuando termine el tiempo de las dalias. Contra la soledad del barco me quedo, con ese saxo y el vino. En el puente sin golondrinas lloraré todo aquello que he amado. Asciende por la proa el viento húmedo del mar. Marinero en tierra. Corazón sin tiempo. Mirada de noche. Timón sin rumbo fijo. En la hebilla de los sueños, sobre los días que aún me quedan, tú sabrás que te he querido.

Anidan tus semillas en los mensajes que empuja el viento cada día. Avanzo descalzo por el cemento. Ya no quedan abedules junto al agua. Ábreme tu cuerpo de noche, en la ausencia del vaho de las preguntas. Cerremos los ojos para soñar el fuego, hagamos una melodía de besos y tulipanes.

Espero, desde mi hambre de ternuras, tus manos de mujer. A solas estoy contigo. Péiname con tus dedos mientras cierro los ojos y te siento. Aún nos queda lumbre para el alba. Escucha ese solo de saxo, enfermo y sin guitarras, que escarba el alma con las nieblas. Déjame andar de puntillas, por tus ojos y tus sueños. Tras los espejos no hay nada. Todo es falso, salvo tú. Con los besos, hasta el alba, haremos crecer un río de nardos y mariposas.

Querer vivir más allá de la lluvia y saber que estás muriendo... Un sueño se sobrepone a otro sueño en las calles del suicidio, en las hogueras de crisantemos que empujan contra la niebla. Al final de la tarde, en los árboles derruidos, será la sementera de semillas y palabras, mientras llega un silencio azul para cerrar a solas los ojos.

Altas estrellas claras. Días de sol clandestino. Estoy al final de las huellas con sentimientos de aire bajo el cielo. Tiempo de cántaros y rosas. Regreso a las brumas del otoño, al recogimiento de una oración desnuda. En la memoria del

tiempo duermen aquellos adobes calcinados. Sin esperanzas, me entrego al filo de los cuchillos.

Tarde de sol y encinas. En fotografías de brillo guardo el resplandor de aquellas flores. Las rosas desde sus páginas de pétalos, esparcen mensajes de ternura. Camino tras la lluvia, portando un saco de lunas para alumbrar la noche. Al azogue de un espejo me asomo y en las ojeras sé que habita el tiempo de la vejez. Mendigo a la madrugada ternura y besos. Te llamaré por tu nombre otro amanecer. Hoy el alma, empapada de lluvia, no encuentra su territorio frente al mar.

Crece los árboles del río. Tendido aquí te espero en las cicatrices del musgo, con la mirada en el cielo y abiertos los brazos en cruz. Quemada está mi lámpara en la estación de la memoria. Por una playa sin arenas dejo el llanto y las pisadas. Convivimos los años aupados a las crestas de la noche y en los prados del invierno morimos de rodillas, a solas, con los sentimientos y el frío. Bebe sueños conmigo, junto a tus senos. Abrazado a tu cintura quiero partir sobre tus huellas y el destino.

Y la tarde toda en los besos y en la piel, en los frutos verdes de las encinas. Contigo me asomo a la vida, a tus ojos, a los cielos azules. Queda aún calma de moras en las manos y el recuerdo del sol y los tomillos. En ruinas de tejas y adobe se recuesta el sol contra la tarde. Anidan el corazón sólo recuerdos. Viajaré contigo siempre, hasta los besos nuevos de otro día.

Descalzo, sobre las tardes rojas de madroños, camino a solas. Se aquieta la luz de los espejos buscando avellanas bajo las hojas. Horas lentas roza el sol contra la piel de los membrillos. Ábreme tus puertas de besos, al contraluz de los maíces. Quedan sólo rosas amarillas para darte, antes que la noche se pose en la frente. Si no estoy en el camino de la luna, búscame en el tiempo de azucenas.

Chorros de tambores riegan la mañana. Tiembla una trompeta en los cristales del balcón. Desde el pozo de los sueños se despereza un pensamiento. La luz grita en los ojos de repente. Nos llegan serpentinas de amanecer. Ronda el júbilo en la calle, que es toda una fiesta. Arden campanarios de girasoles. Sobrecogen los oídos dinastías de ruidos provocados. Y sobre la vida corren de nuevo aquellas ilusiones perdidas, en los ojos de la niñez. Y no sé qué hacer con la estatura del tiempo, con el dolor acurrucado en las magnolias.

Las frutas de tus labios y las manos. Aquella tarde de pinos... esparcidos quedaron los besos sobre las playas de hierba. El río se torna amarillo hacia el mar, camino de los chopos. Y el tiempo jamás retorna a las primaveras del agua. Contra esquinas de lluvia damos tumbos al amanecer, las nieblas de septiembre. En el alma de los recuerdos, busco nuevos sueños para seguir viviendo.

Campanarios de silencio desfilan con los ojos del tiempo. Me pongo a caminar por los días de luto, tropezando luces extintas. Cruces negras en las nubes presagian ya el invierno. No quedan golondrinas que contar en las tardes marchitas. El agua desmorona los adobes doloridos frente al silencio verde de las encinas. Hacia otro día de campanas camino, mientras tallan las hojas del frío tu soledad, tu ausencia y mi noche.

Nace el sol en la textura de los ojos. Los helechos son un paisaje de hogueras. Crece de repente el día en las copas más altas de los árboles. Por los peines de la aurora llega a una mañana azul. Crecemos al amparo caliente del aire, en la tenue humedad del agua, en el polen de frutas, en el color de las cerezas. Hoy, los verdes del trébol abren los ojos a otras esperanzas. Y sin querer, se duerme la soledad en otras golondrinas.

Rosas ateridas contra el invierno. Corolas mojadas de niebla y amanecer. Tras los cristales aguardo el sol sin esperanzas. Escribo un poema para echar a andar mi mundo, y las palabras están todas aprendidas. Han crecido los árboles que planté. A candil apagado y a cera huele la mañana. ¿Dónde quedan aquellos pólenes de abril? ¿Dónde la luz clara de los castaños? ¿Dónde los cálices de golondrinas en las ojeras de la tarde? Soledad es el nombre de la última rosa roja, de este atardecer nuestro.

Sobre la luna y los luceros ha desplegado la noche su cosecha de aromas y nenúfares. Espacio de tegumento azul. Ónice de silencios apilados. Doy nuevos nombres a las piedras blancas. En un relicario de besos aguardo el invierno y aquellas rosas amarillas. Por el rincón del tejado penetra la luz. Esplendor de las cosas que callan. Los carros de maderas cansadas están ahora quietos. En su ronda de viaje se recuesta la noche sobre la paz del heno. Queda la memoria atada a esta cinta de terciopelos y susurros. No miro más allá. Y sólo alcanzo a ver, desde la ventana, toda la soledad de mis cristales.

De nombres muere desgastada la corteza de los chopos contra las paredes del otoño. Agua lenta. Escapulario de tarde. Una piedra. Una Albufera. Fluye el mundo por los bajíos de un cementerio. Amor de madre. Camino del tiempo en las hojas. Pongo mis pies en caminos de nieve nueva. Soledad mojada de campanas. En las paredes se congrega un casino de rosas amarillas. Sueño con pasión la orilla de tus ojos. En un cenicero azul agoniza el último cigarrillo de la noche. Te recuerdo en los besos de abril. Sobre el mundo de la vida, nos vamos en un río, que abraza la esperanza de poder llegar al mar.

Cuando pronuncio un poema comparto las palabras nacidas en el crisol del sentimiento. En otros corazones hacen eco silencios y vocablos. Y el mundo sigue su camino de río, bajo los árboles. Y la misma estación de tren que el día de ayer... Unimos el fuego en las encinas que se queman y en la piel de las

manzanas. Busco un abrigo de ermita para seguir latiendo. Una lámpara y melancolías es mi equipaje para morir.

Hoguera de besos. Árboles inermes. Por la vida va el invierno de camino, en un abanico de espejos. Escarban ya los ojos los otoños y se mueren las encinas en la lumbre. Queda dentro un mar de cicatrices para los días de tormenta. La luz sobra en los tejados. Una noche es mi mortaja.

Camina la vida sobre raíles, encadenada al bosque. Una fuente de otoño. Un olivo. Tierra roja. Esquilas y pezuñas. Contra las mazorcas amarillas de maíz llora el tiempo. De parte a parte, atraviesa el silencio la voz de un niño. La señal de los caminos sin fronteras está ya inscrita sobre el cielo. En el dosel de la ventana, tiritita una paloma sin anillos. Todo el mar se me adentra difunto de paisajes. Y el otoño, siempre el otoño, inunda de nostalgias mis bajíos.

Agua libre. Fabrica de cauces y melancolías en los besos verdes de los chopos. Juncos de mañana solitarias. Pensamiento sin playa donde ir. Rincón de trébol mojado. Quiero una fantasía para seguir viviendo. Fabrico caminos de campanas, las tardes que me llevan a la orfandad de un cementerio. Aquellas azucenas las enterró la infancia. El mundo está en las norias, en las pisadas de tierra y fango, en los ojos que ya buscan nardos y crisantemos, en las otras orillas de la mar.

Un niño. Un pájaro caído. Se acabaron las cometas. Tórtolas ciegas llegaron a la plaza. El mundo indiferente. Hurgan dentro las arenas. Palabras repetidas en las hebillas de la niñez. A tientas recorro el mundo de mis paredes. Ando por las calles del alba buscando la luz que a mí me falta. Se oculta el corazón del frío en el alma de las campanas. Siento la necesidad de una plegaria muda, de por Dios sentirme perdonado. Como perro ciego, unido al mundo de la vida estoy. Moriré de inútiles sueños..., atado y solo.. al tiempo de mi vivir.

Tómame los pulsos en tu orilla para saber las noches del corazón. En la danza del agua estrenaremos un bolero de primaveras y ayer. En otro valle, pronunciaré tu nombre para hallar los ríos que nos conducen al mar. Con musgos escribo las lunas en los troncos de los árboles, hasta que dure la luz en tus ojos. Contigo en el beso, hasta la desnudez azul de la noche.

Abro la puerta para que entre a la casa el rumor del mar. Me he puesto a escribir esta mañana sin aventuras en los ojos. Voces de aire van y vienen sobre maromas y escotas. Ese corro de margaritas escondidas en la brisa temprana. Y la ternura de las palomas. Abro los ojos al día desde todos mis escombros. En la dársena hay varado un galeón ya viejo. Hablo a solas con mis sueños. En un libro dibujo nostalgias antes de partir. Bajo los párpados, enhilo palabras de primavera para el olvido de otros corazones. En la arquitectura del aire, buscaré girasoles para todos los abrazos. Me iré luego, con la última campana, en la ruta de crisantemos y pañuelos, con azucenas y mimosas en las manos, sobre la ruta de los besos azules del mar.

No tengo nada entre las manos, ni sol en mis ventanas para vivir sentimientos. Se deshoja el agua en la oscuridad de la noche. La soledad es un cuchillo. Por el papel quedan pisadas de sangre. Junto a ti préstame una sombra para vivir, ahora que estoy mojado.

Golpea el agua las cortinas del invierno. En el alma se abren zanjas de tierra y helechos. Pasillos de musgo conducen a la soledad sin pasaporte de amor. Galopa el viento los vértices del aire. No queda tiempo para las palabras. El día está desnudo. Se hacen lentas las horas del agua y es ya demasiado tarde.

Tengo los días de la ayer en un escapulario colgado del pecho. La mañana esta raída de lluvia y cicatrices. Mi voz transita por la niebla en busca de otras manos. Quiero un refugio en las esquinas, al otro lado de la ciudad. De ron y soledad estoy borracho. Y llueve, y tengo el corazón mojado en medio del frío.

El agua se ha llevado el rumor de aquellas noches del verano. Final de huellas. Estoy sin paraíso de recuerdos, el mar tras la puerta... y yo mojado de tristezas. El otoño desgasta el alma cosida a clavos y herrumbres. Adobes raídos de lluvia. Hierva mojada. Soledad de cementerio. Falta fuego de encinas para seguir viviendo. Me quedaré ahí, en el cáliz del silencio, en el corazón de las piedras, aferrado a la soledad.

Permanece la ciudad mojada en la punta de la aurora. Campanas de lluvia despiertan el amanecer. Sobre este frío, vengo de nuevo a encontrarte. Acuno ese lugar tatuando de besos escondidos. Transitan recuerdos de humo por la claridad de la mañana. La voz camina en los poemas, tras las pisadas de nadie. Se ahonda en la piel aquellas cicatrices. Con la soledad me voy, a la otra parte de los sueños.

He caminado demasiado. Te dejo todo el silencio de mis cartas perdidas. Silbo una canción para el dolor de los pies. Plegarias de viento musito a mi destino, pegado a las paredes de la ciudad. Me iré a la guerra sin tu voz. En mitad del mar, soñaré aquellos días... Guardaré silencios largos, con la esperanza de encontrarte. Si no, moriré en mitad del mar, en medio de los barcos.

Un portazo, un grito, un adiós. Soledad en la escalera. Por los fondos del alma, azota un ventisquero. Tengo las chatarras de una estrella, debajo del corazón. Ya no quedan besos en el embozo de las sábanas. En adelante, jamás pronunciaré tu nombre, para no hacerte daño, para que no me duelan las

márgenes del olvido. En el barniz de las mañanas mojadas quedan las huellas de tus pasos.

Mi mundo de hoy macera las tristezas de ayer. En el despertar de madrugada, tú aún sigues dormida. El pan está aún en tu mesa y la soledad en mis estancias de otoño. No queda incienso en los recuerdos de los ojos, ni violetas en los bulevares de la tarde. Te has ido. Por las latitudes de bruma, camino a solas, junto a la linde de los últimos girasoles.

Tiempo de granadas en los carmines de la tarde. Cosecho una adiós moribundo en las texturas del agua. Salto de palabra en palabra para buscar más sueños y ya no siento los poemas que digo. Con el humo de las hojas voy poseído de ceguerras. Sólo quedan túnicas de invierno para cosechar silencios. No quiero recordar nada, sentirme sólo ciego en los estambres del aire.

Todos los ojos tienen sus verdades y sus lutos. Aún es de noche bajo el cielo compartido. Tu piel y la mía se besaron en los piélagos del alma. Florecieron otras primaveras que se fueron con los pájaros. Hoy sólo quedan las mentiras que caminan por palabras. Tal vez, lo mejor será el olvido, antes que se haga de noche para los dos.

Las horas de nosotros, nos han robado toda la soledad y las preguntas. No quedan collares de besos para las tardes de pinos. Y la vida se aleja con la muerte de las rosas, en el alma del invierno. Está vacía la voz de álamos, repleta de olvidos, preñada de cicatrices. Tal vez, sea demasiado tarde cuando llegue la muerte del sol.

Como posibilidad que no existe, quedó una rosa blanca tronchada. En la nada de un fotograma perviven los recuerdos, el ayer hecho sonrisa. Apedreado de tardes de otoño aún viajo en los musgos de la vejez. Murieron de frío las madre selvas del balcón, y cesó el aleteo de las palomas. Te dejaré como marino que se va, al final de las huellas, con el tiempo a la deriva, con la mar en los ojos, la esperanza de volver,... tal vez mañana....

Veo el marco negro en mi ventana, donde me siento retenido. Maduran sólo unas palabras en las hojas de papel. Crecen recuerdos en las edades de ayer, cuando han muerto las frutas. Una empalizada de tristezas preside el alba. Soledad de mar en la plaza. Pentagramas para la nada. Flores de papel. A solas toco el invierno en los caprichos del agua. Y está desierta de sentimientos la mañana.

Recibo en silencio las chatarras que dejan los sueños. Tras el otoño, pasó el tiempo de mariposas. Por aquellas libélulas se fueron los juncos en la geografía del agua. Se quemaron los bosques de pinos. Las uñas clavan congojas en las cicatrices de otras madrugadas. Naufragios de invierno. Hoy sólo queda una sábana negra para llorar. Sentimientos de sólo esperar al otoño. Versos de viento para la soledad honda del mar.

Deseo y realidad juntos, en la vertical del espíritu, en la calle mayor de los antojos. Y ya no quedan azucenas en el fondo de las palabras. Museo gris del verano en los racimos del tiempo. Horas sin destino. Universos separados. Islas desnudas de avellanos. Belleza azul, inasible, que se evade de entre los dedos del humo. Hojas de siemprevivas en los troncos del exilio. Perdido queda el tiempo en las rutas del cemento. En nosotros sólo existe la soledad de un buque vacío.

Y no hay agua en el brocal del pozo. Itinerario de existencias negras al final de las huellas. Tierra de estepa para el olvido. Igualdad de deseos. Tiempo teñido de niñez en las alas de golondrinas. Nos visten los secretos del agua. Mueren las hormigas, en la eternidad de aquellos besos de cristal. Nos devora ya un tiempo sin luces. Estreno este invierno que me llega lento, en el crepitar cansado de las hojas. Abrazado a los cedros, busco un cuento de paz, para esta soledad dormida. Quiero morir mañana, en el mar de los barcos, sobre otra bahía de azucenas, de sol y abrazos.

Silencio de membrillos mojados en el confín de tu mirada. Horas que viajan en la soledad de las cárcavas. Betún de asfalto en los labios. Las junturas de la vida nos conducen al otoño con lluvia desmedida. Ateridas las libélulas, buscan la muerte en la paz del río. Una oración. Un adiós sobre los juncos. Un beso. Dame Señor en este otoño una tarde más para vivir.

Bebo tú mirada en los recuerdos marchitos en aquellos besos de verano, en la luz de las tardes de abril. Asciendo por tus frutas a los labios con una procesión de deseos. En tu geografía, por dentro, pinto una arco iris para el sueño. Porfía tu cabellera con el viento y arrastra la mirada hasta tus senos. Un naufragio de soles nos conduce a la noche de los árboles. En la espalda de mis hambres se reclina tu mano y a la deriva, contigo, va mi corazón desnudo.

Me acerco a ti para tocar la ternura de tus ojos y en la voz me siento rechazado. En una botella de cristal apuro el mar que desata la ginebra. Náufrago de interrogantes aún recuerdo ese agosto entre las manos. Estoy en las emociones de río, en la soledad del agua que me lleva a la orfandad de los juncos. Anclado al destino de las piedras, dejo la voz sobre el trébol. Un destino. Un latido. La mirada lejos. La ciudad entre la niebla. Y yo ahogado de silencios en un apocalipsis de lunas.

Como niño busco tus manos para las tardes de silencios. Tengo una cripta de crepúsculos para los ojos y un álbum de rosas para los besos. Danzas de luna calzaré en tus pies, para cuando pase la noche. Sobre la ciudad mojada de perfumes, dejaremos, si tú quieres, todas nuestras pisadas.

Todavía tu recuerdo en el final de mis huellas... aquél búcaro que nos mira. Las puertas abatibles. Incrustaciones de cielo y estrellas de mar. Un sueño me persigue todavía por intrincados pasillos. Tejo versos en el aire para las golondrinas viajeras. Cuando cierro los ojos, me llega el perfume de labandas dormido en tus cabellos. Aún recorre el sonido del agua el camino de los chopos. No sé por qué no olvido, y aún estoy aquí, derrotado en las laderas de esta tierra mojada.

Noches de insomnio y vino tinto. La luna arde con una luz profana ahí afuera. En los puntos suspensivos dejaré remar el silencio hasta las aristas de una cicatriz. En el corazón de septiembre, todo los sentimientos arraciman ternuras. Dejaron ya de gritar las palabras. Lo mejor para los dos, queda parado en el lenguaje de las manos. Sobre los muros grises de la tarde, prendo una hoguera de tulipanes blancos, para que sepas que te quiero.

Cada amanecer, antes de que partas de camino, déjame apuntalar besos al alba en los pliegues de la almohada. Es tiempo lento de caracoles. Lloran lágrimas los cedros tras el don del otoño. En el pulso de las últimas rosas, en las carreteras del mundo, contigo irán mis pisadas. De día me acercaré para sentir entre los dedos la ternura de tus ojos. En el beso del tacto, en el sabor de tu piel desnuda, en el crucifijo del aire, hoy, contigo, ya respiro el cielo.

Casa mojada. Tan sólo tú entre las manos. Los recuerdos de ayer me hieren. Quiero un madero nuevo para esculpir los besos. Hoy ya todo es imposible. Se gastan los sentimientos las noches de soledad. No hay eco en los prados sin voz. Cruza la llovizna los últimos cedros del camposanto. Hace frío ahí afuera. Latidos lejanos me besan. Y se va el tiempo por las grietas de la vida. En los armarios sólo queda, la tristeza que me viste.

Penetro a ti por las catacumbas de tus ojos, con el sol de agosto dormido entre las manos. Te toco de sentimientos con mis dedos, en horas inoportunas. Sobre un cuaderno nuevo escribo todos los poemas, mientras tiemblan sentimientos los años ya vividos. Queda atrás el eco de las voces en la hierba. El confín de los latidos estrenados, saluda el día. En los posos de una taza de café entierro la muerte del ayer.

Se abre el día navegando crespones de niebla y tulipanes. Pronuncio tu nombre en silencio y queda el sabor de los membrillos mojados. Tiempo lento de caracolas en los ojos de la mañana. Convivo con los años en este prado de inviernos. Los barcos navegan mis rutas y en tus manos escucho el mar. Rosario de esperanzas para seguir viviendo. Nubes sin alas. Mirada ascensional hacia los pólenes de la tarde. Y otra espera más para besarte.

Noche alta. Una luz aún en la ventana. Lejos, siento los trenes. Murciélagos negros atraviesan la soledad del luto. Recuerda el corazón sombras de pinos las tardes de sol. Copas de media noche empapan el alma de las nieblas... El humo se hace azul de metileno. Muero poco a poco, en las hojas amarillas, en el silencio de mis paredes, en la soledad del frío. Contigo a solas quiero quedarme. Acógeme en tus manos como a un niño, en el vértigo de sentimientos callados, en todas las cosas por decir, en tus colonias de mar, en el corazón de tus violetas.

Cruza la mañana la llovizna mientras se ahoga el sol entre las nubes. Sobre la tierra mojada, la simiente, el apocalipsis del invierno. Se deshila la voz entre las piedras. Por los ojos de los puentes pasan las maromas, y al silencio queda atado el tiempo. Escribo en una piedra tu nombre con cenizas y en los girasoles el adiós de mi biografía. Lloran pañuelos al viento de la tarde... y no estás. Y el corazón muere de musgos por no verte.

He puesto barro a mis últimas cicatrices. De rodillas estoy sobre los surcos de la vida y el destino. Busco un equinocio nuevo para los próximos brotes verdes. Se ha quebrado la voz contra los cálices del tiempo. Aquella luz del mediodía ya no existe. Y me duele haber estado aquí.

Vivo el mundo clandestino de lo nuestro y finjo mil historias que contar. Los gestos de las manos recorren laberintos y apilo vuelo de palomas para soñar. Lloran lágrimas los álamos tras el don de aquellas primaveras. Camino por tu tierra y por tu infancia atornillado a un tiempo difunto de ternura y besos. Esperaré un día más a que emigren las nubes, a que surja el cielo azul, a que rompan los barrotes otras hiedras, a que lleguen de nuevo primaveras.

Queda ahí, en la memoria, el cáliz de la niebla y los recuerdos que flotan en la bruma. Lo demás es silencio que viaja en la ternura. Impulsa el vivir lo ya vivido. Y los caminos siempre abiertos para el regreso. El alma tiene aún prisioneras las tardes de lluvia, la soledad de las piedras, la tristeza del otoño... Los helechos lloran amarillos. Otro día. Ayer. Otro tiempo prendido en los ojos del musgo. Cabalga la noche de la ciudad en las ojeras, junto a la luz última de los castaños. Y unas manos que hablan en los labios de las copas mojadas de los árboles. Y no se qué decir...Y a mi, con un sólo beso me basta.

Me inquieta cómo seguir la andadura cuando mis pasos están cansados. Brotes de inviernos tengo en el alma y mil melancolías pueblan los ojos. Necesito una dirección, tu nombre, un lugar, un tiempo de magnolias para seguir viviendo. En los correlatos de la piel quedan los mapas de las cicatrices, y tantas cosas por decir. Mientras cambian las cosas, me persigue una calle de silencios y todo el tiempo del mar. Si no tienes sueños, jamás tendrás historia

para vivir. Y ahí afuera, aún brillan estrellas. Con una copa en la mano afronto el miedo, mientras el corazón nada a solas en los bajíos del mundo. Hoy, déjame con tus recuerdos y aquellas rosas de mayo que tocamos en el camino.

Antes del amanecer, quiero dibujar con mis palabras sueños nuevos en tus ojos. Con silencios de luna envolveré las cartas y poemas y los abandonaré al mar. Una tarde de tulipanes, alguien sabrá sobre el trébol mis sentimientos y ternuras. Para entonces, otra túnica nueva de castaños y madroños vestirán los ojos. Sobre el tiempo del mundo aguardaré una primavera más, hasta el final de las huellas.

Dormida está aún la noche sobre los cabellos de la niebla. Recuerdos sólo, tañen campanas en el alma. Dentro un mar de oscuridad y los cuarteados sonidos del silencio. Camino cuesta abajo hacia el corazón del invierno. Avenidas sin perfumes. Pies mojados de lluvia. Me queda un billete en el bolsillo para una nueva estación. Y debo seguir viviendo hasta que la luz atraviese el alba.

Un viaje para la noche. Una aldaba en el centro del silencio. Lentas caracolas de mar. Se desparrama un saxo en el alma... y te araña, te llega y te destroza. Dentro la agonía de la infancia, persistente en los recuerdos. Y en el ventanal de los ojos, lágrimas. Y no sé por qué hoy estoy llorando, de rodillas sobre esta arena.

Fuera, salpica la lluvia los cristales. En los tejados crece el musgo. Todas las calles de otoño están empapadas. Y ya el invierno anida el alma. Siento el dolor de los gorriones mojados. Y sólo en el desván de la memoria tú. El sentimiento se remansa sobre el día gris, sin tus manos, en la ausencia de palomas.

Te escribo un poema temprano, al amparo de recuerdos que transito. Más allá de las palabras está la música de los besos. Sólo quedan cansados deseos en mi mañana de lluvia, sobre este amanecer de invierno. Viajaré contigo en el agua del camino y esperaré a mi puerta tu regreso. Mientras llegas, los pies descalzos, miraré crecer los árboles en la esperanza de tenerte. Luego, buscaré mi estrella al final de las huellas del mar.

De noche, regresan los fantasmas con el vuelo de los murciélagos. Descienden las tristezas como niebla a la sima de los recuerdos... Los trenes se arrastran sin paradas posibles, en el fondo de la ciudad del llanto. Y no hay claraboyas para mis preguntas, que transitan por días sin sol. Una botella de aguardiente es todo mi mar para ahogar la noche.

Busco ilusiones nuevas. El mar. En el aire las cometas. Siempre encuentro el camino que me lleva a ti de regreso. Después de conocer el brillo de una

estrella ya nada tiene sentido. Y la vida se convierte en viajera eterna por los espacios de la ternura.

Esperar de nuevo la luz. Otra tarde, otra mirada para seguir viviendo. Por encontrar una palabra en alguna esquina olvidada, robaría el tiempo del mundo. Intentare buscar una sonrisa de soles nuevos para soñar la vida, para entregar las ilusiones que me nacen. Se que desde los rincones de la noche, un corazón desnudo me tiende la mano y despacio, acaricia mis sueños.

Cada mañana el color del camino tiene el sabor de un minuto de soles, el aroma de unas palabras que abro al mediodía. Los silencios me conducen al aroma de tus esencias y en ti me embriago de los sándalos de la noche. Hoy no guardaré nada en los bolsillos. Quiero irme sólo con los recuerdos de otras tardes de pinares y de lluvia.

Esta noche de mar, regresan las gaviotas a mi alcoba. En el corazón del agua queda una singladura más sobre la piel. Vagabundo de barco en barco, busco para vivir un país definitivo. Me despojo de las cartucheras de guerra para sentir el tiempo sentado a la puerta. Hoy, junto a ti, tras navegar tantas pisadas, aguardo los colores azules de la tarde.

Maletas en la cama. Botellas de licor vacías. Me agarro a la soledad de mis rodillas. Voy a partir. Estoy sediento de álamos y soles. Se acabó el tiempo de crecer. Se hace demasiado tarde para el corazón cuando empuja tanto invierno. Aventurero tardío en las pérgolas del viento... Cuando siento los golpes de la vida te llamo. Y no estás. Y eres un imposible en el camino. Y quiero tus manos de noche, pero la ciudad hace más lejos las distancias. Los ojos, sólo esperan entre melancolías otro tiempo de rosas.

La vida describe mapas sin trayectos fijos. Los raíles no llegan a todas las estaciones. No alcanza el agua las grietas abiertas de la tierra. En el tiempo de las horas por vivir, sobrenada un invierno de lutos y naufragios. Debo asumir mi estatura y los días de vértigo, frente a frente contra el miedo. Quiero una taza de café contigo, hoy que no queda sol y los pinos están mojados.

Era un niño. Di cuerda al reloj y atravesé pronto las horas de la escuela. Entre beso y beso de madre, crecí en el sabor de los membrillos, en el esplendor del trébol, al sol de primaveras. En los altares del tiempo se quemó mi juventud. Una guitarra olvidó las canciones de ayer. Dentro viajan aquellas lágrimas de la memoria. Hoy se hace tarde para el regreso. Y voy muriendo en silencio con los árboles.

En la simetría de las anclas queda la sombra de una cruz. Guardo una colección de olvidos para las noches de lluvia. Arrojo semillas en la hierba para ver crecer el heno. Partida en dos el alma, acaricio los secretos inscritos en aquellas cortezas de los árboles. Espero, sobre el camino, otra primavera para abrazar un tiempo nuevo.

Regreso a la noche mojada, a la cárcel de mi presente, al aguardiente de la libertad y de los sueños. Las rosas murieron temprano. En los espejos está la verdad clavada en los ojos. Al final de las huellas, sólo flores amarillas de papel. Busco los colores cómplices del mar y encuentro sólo vértices y aristas. Mañana, despertaré temprano para ver sólo tus ojos a través de los deseos y la niebla.

Han florecido tus labios de sonrisas al compás del tiempo que madura los membrillos. Yo sé de tus soledades marchitas cuando regresa la lluvia y se empapa el alma de inviernos. Escríbeme cartas de amor, mientras el aire te roza de ternura y besos. Voy contigo de camino en la canción del viento, en las notas lentas de una flauta travesera, las huellas lentas de la vida, hasta cerrar los ojos..

En el equinocio de las hortensias quiero hablar de ti a la aurora. Desde mis tierras sin sol, recuerdo aquellas tardes de pinos y castaños... Hoy sólo viajan lágrimas de invierno en los colores del arco iris. Lloro por ti, porque te quiero, porque estás lejos y te sueño. Coso los días, uno a uno, para encontrarte cualquier tarde de frutas amarillas. El tiempo dilata las esperas en las líneas de la mano. Camino otras geografías para saber, sobre la tarde, la alegría de tus ojos.

Aprisiono en los labios las sonrisas para no perderlas en tu ausencia, mientras camino solo en las cárcavas de los viñedos. Sobrenado sueños y me encuentro con tu piel caliente de abrazos. En los puntos cardinales de tus manos y tus senos deposito besos de madrugada. Tus ojos son el incendio del mundo las tardes del sol y encinas. Como mar de gaviotas lentas aún viajan conmigo los recuerdos. Me quedaré a solas con una puesta de sol sobre la hierva. Empujando sobre el carro de la vida, esperaré otra tarde en silencio, junto a las cosas que callamos en el mismo río de deseos.

Un día más de inviernos desde la pálida luz de mi ventana. Estoy aquí en el único paisaje donde los hombres habitan sus colmenas. Soy isla pequeña que sueña con la luz de ayer y los castaños. Permanece dormido el amor en los sueños, más allá de catedrales de soledad. Hoy es tarde para besos de crepúsculo, para palabras con sabor a hierba recién cortada.. Fumo la noche sórdida y apuro el último café. Tengo los cristales empañados. Y el corazón desnudo, rueda un viaje por la soledad del mundo.

El amor y la ternura duermen en los recuerdos del agua. Hoy camino por tu tierra y por mi infancia atornillado a un tiempo que aguarda besos. Me acurruco contigo en las islas que nunca mueren para saber las tardes de trébol y encinas. En un cofre de nácar guardo tu sonrisa para cuando lleguen las noches de invierno.

Horas y tardes húmedas, enmohecen palabras en cálices de silencio. Una canción de Elvis escarba la piel mientras transita la nostalgia por las venas. Hazme con tus ojos una túnica de lino y alegrías para ver de otro modo el mundo. En los rincones del alba abandonaré gladiolos en tus senos y susurros de poemas en tus labios.

Las hojas ocres y amarillas de los castaños se amontonan a la puerta. Hay un palpitir de muerte y noche en el frío que nos llega. Mi lenguaje se hace viejo en el compás de un bolero, en los posos últimos de una taza de café. Quiero sobrevivir en otro tiempo sin lágrimas, encontrar los besos prendidos en otras estaciones. Y no hallo tus ojos, ni el corazón del mar en esta noche. Dibujo calles vacías de recuerdos, a solas contigo y los años perdidos. Y no estás. Antes de que amanezca dame otra leyenda de rosas nuevas para seguir viviendo.

Los cipreses se agitan en la plaza. Como cíclope desnudo, el viento atraviesa las piedras de la ciudad... Está el corazón ahí, sobre las esquinas de la vida, remontando ríos y recuerdos... los barcos...aquellas fotografías... las manos juntas, las tormentas del verano, las tardes sobre la hierba, el mar y las palmeras, los colores del horizonte, los pinos, el tiempo de besos y encinas. Mi ventana y sus cristales son el límite del mundo... y llega la lluvia para el llanto de los ojos, dejando brumas más allá de la piel. Hoy quiero otras fotos de primavera, para todas las nostalgias que se derraman por mis manos.

A estas horas del amanecer hay un plagio de la noche en mis ojos. En el invierno busco leyendas de la voz del mar y las mareas. Fuera, siento el dolor del agua en el hielo del jardín. Calles y olvidos. Prende luces la niebla en las farolas. Húmedo empedrado hasta el final de los labios. Bebo y fumo para consumir la noche en la ceniza, mientras espero tus ojos de madrugada. Sobrevivo a lo vivido en esperanza, al fondo de esos días que ignoramos.

Caricias inútiles. Umbral de abismos sin besos. Me visten los fantasmas del mar. Quema el miedo la danza de otras estaciones. Me digo a veces por qué no estar en ese lugar del santuario donde debo ir. Huellas en la arena del camino. Me queda con los besos de madre, a solas, fraguando melancolías de infancia. Alguien debe escribir sobre la muerte de la luz en las hojas de los árboles. Sin esperar a nadie, no sé por qué estoy con los pensamientos y la soledad de mi barco.

En un manojo de brezos, florecido en la ladera, se recuesta ya el invierno. Pasan lentas las palomas mientras en la fuente de piedra y lanchas, nace el agua. Acaricio la soledad yerta de las bayas, y las hojas amarillas que caen de los castaños. Aquí tengo una canción de sol para nacer de nuevo. Queda aún

hambre de amor entre los juncos, para resucitar las bugambillas. Acude con tu risa al corazón de mis sueños, a esa playa de pinos, donde nos amamos tantas veces.

Arrastro una resaca de algas tras el aguardiente de la noche. Atrás, prendidos en cercas de espinos, quedaron los sueños de infancia. El agua moja los cristales y el viento arrastra la soledad hasta mi puerta. Huellas de barro abren la mañana. Siega la lluvia cosechas de frío en el invierno. Retenidas en maderos quedan las hojas muertas. De mañana, busco la patria de tus ojos para que me vista una sonrisa. Pon una bandera blanca en tus jardines para saber tu cuerpo las noches de plenilunio.

Sudor de fiebre. Frío. Sueños húmedos. Despertar hacia la huida. Una playa y soledad de barco abandonado. Quedan perdidos los recuerdos de arena. Respiro la noche en el remolino de un cigarrillo. Ladra un perro soledades íntimas, mientras la madrugada araña los adentros. Siento el mar en las venas, junto a un vaso de vodka. Fuera, la oscuridad se adueña del luto de los árboles. Las tristezas navegan rutas imposibles. Quiero huir de la palabra hacia el silencio de las lágrimas.

No corras demasiado en tus despertares de mañana. Se alarga el tiempo de vivir en los ojos de los niños. Libre eres sobre el camino de las nubes, en las hojas del otoño, en los cambiantes cielos de las estaciones. Me quedo contigo, tras el viaje, las tardes de invierno, junto a la piel tibia y los besos. Peregrinemos por las pulpas de la vida y el licor de las frambuesas, mientras nos moja de lluvia el alma.

Acudo a tu puerta para ver crecer las flores, para saber los versos de fruta que tienes para mí. La maña entrega al tiempo el color de las hortensias y sabe el aire a pan reciente. De las cenizas de aquellos troncos, enciendo un fuego nuevo. En la infancia de ayer se fraguó mi melancolía. Debajo de una encina dejo mis poemas para ti. Luego, esperaré que el tiempo pase, para sentir sólo tus manos. Rózame la piel con besos hasta que llegue el amanecer.

Sobre la cancela de luz, dejo un ramo de claveles para que estrenes el día. En mi noche, tengo sueños de los trenes que parten de las ciudades mojadas, de los barcos que navegan lejos del puerto. Las tinajas del tiempo guardan el agua de lluvia para todas las esperas. El mar eterno nos abraza desde más allá de las colinas. Un collar de tulipanes sueño sobre tu cuello desnudo. Déjame a solas con tus labios, para amarte de rosas y perfumes.

Árboles sin sombra. Sollozos del agua. Labios húmedos de besos. En los paisajes del ayer y los recuerdos, queda la risa de las tardes azules. La arena es tiempo de vejez en las manos, gritos de invierno que aran los ojos. Rosas

mustias, empapadas de lluvia, se quedan solas contra el cielo. Y dentro... la túnica de niebla con todas las nostalgias.

Pétalo de seda y sol. Perfumes de madre selvas amarillas. Permanezco anclado al silencio de la tarde, aguardando a solas el crepúsculo. Sé que me perteneces, que te quiero. En la arpillera del tiempo prisionero, frente al mar, muero despacio, junto a la noche que se viste de carmines.

Rosa abandona contra las teclas de un piano. Resbalan recuerdos por la piel al ocultarse el sol. Se han ido las gaviotas. Hay arenas de otras marismas. A la sombra de los búcaros emerge la noche. Perfumes y teclas de nácar habitan la memoria. Me arrastro por los sentimientos acunados de brisa y luna, mientras rozan melancolías las palmas de las manos. Otra noche. Tus pechos. Otro tiempo. Los besos. Y esa rosa abandonada contra el silencio de un piano.

Aquella noche de nardos en las desiertas calles de la ciudad. La luz en los ojos del humo, el saxo enterrando, poco a poco, las lágrimas del corazón. Sobre la piel, el color del vino tinto y el perfume de tu blusa. En los ojos, el tiempo de aquel verano. Quédate a solas conmigo, en la desnudez de la noche. En las cicatrices del alba, en el despertar azul del pan reciente.

Aquella luz tenue de las velas, tu cuerpo tibio en la piel desnuda... Los deseos de un saxo para besar los ojos... Aún llevo el sándalo del humo como recuerdo para seguir viviendo. En esta orilla de pisadas y ternuras viajan los besos anidados en los pliegues de las sábanas. Fuimos uno en el sabor de las mimosas, y en los labios de la noche dejamos silencios y palabras. Escribimos en los el perfume del mar, el amor de las miradas.... Y soñamos la vida entera, sobre la calma, en la tierra de lo imposible.

Arrastro una interminable borrachera de alcoholes y ausencias. El corazón atenaza las preguntas sin esperanza de respuestas. Callo por miedo. Cuando escribo, la canción de un saxo agoniza sobre el sudor de la piel. Vacío un vaso de ron y de tristezas. Sólo tú conoces hacia dónde viaja la melancolía. Mi ruta termina al final de las huellas.

Espero aquí los sueños en una confesión de besos, en un incendio de ternuras. Tras los búcaros del frío crece la noche. El mar está ahí afuera, esperando las campanas. Y yo aquí dentro limitado por el agua y las arenas. Me crece el tiempo arañando los ojos mientras laten fotografías. Y muero, me muero a chorros de siempre vivas, con una lucidez imposible.



# CREDITOS

José Luis Moya Palacios nace en la Fuente de San Esteban (Salamanca).  
Se inicia en la docencia como profesor en (Santander-Valladolid).  
Cursa Psicología en la Universidad Pontificia (Salamanca). Licenciatura sobresaliente fin de carrera.  
Dedicación apasionada al campo de la clínica infantil.

- Psicólogo Clínico. (Universidad Pontificia de Salamanca)
- Psicólogo del lenguaje (Escuela Superior de Psicología: Universidad Pontificia de Salamanca).
- Master en Psicología Sofrológica. (Andorra: Alfonso Caycedo).
- Psicólogo del Equipo de A.T. del Ministerio de Educación y Cultura.
- Profesor de E. Secundaria.
- Profesor A. Universidad de Salamanca (Dpto. de Psicología Básica, Psicobiología y Metodología de las Ciencias del Comportamiento).
- Hipnopsicoterapeuta.
- Miembro de la <<American Association of professional Hypnotherapists>>.

A lo largo de la geografía española ha impartido numerosos cursos de sus especialidades, tanto en entidades públicas como privadas.

Con más de 50 ponencias presentadas a diversos congresos de su especialidad. Más de 70 publicaciones inéditas en el campo de la clínica, la psicología y la informática: Revista: European Mac, Padres y Maestros, Anales Iberoamericanos de Foniatría, Patio Abierto, Anales Otorrinolaringológicos Iberoamericanos, Estudia Pedagógica, Siglo Cero, Amarú E., Comunidad Educativa, etc.

Desde la Editorial Anaya, ha publicado dos libros de psicología para alumnos y profesores de la LOGSE (2001). (Nueva reedición 2002).

Tras varios años de investigación, ha editado dos cassettes sobre <<Técnicas de Relajación Infantil>> (1993).

Posee publicados varios libros de poemas:

- "La noche de las lilas. Salamanca 2001
- "Al final del arco iris. Salamanca 2001

Igualmente ha publicado diversos poemas en formato CD

- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Las cuatro estaciones. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: A mis hijos. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde el arco iris. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde lo profesional. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Reflexiones. Formato CD. Porfolio 25K, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Bajo la luz del sol. nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 9,3 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Homenaje al viejo Plus nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 16 MB de desarrollo, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Recuerdos del ayer nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 14,7 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Cuando la flor se hace poema nº 19. Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Nostalgia en el amanecer nº 19. Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Ver, oír sentir y soñar nº 20 diciembre: Formato CD. Porfolio. 7,1 MB de desarrollo, Madrid, Marzo, 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD Nº 22: Junio. Contraluces interiores: Formato CD. Porfolio. 5,1 MB de desarrollo, Madrid 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD nº 22: Junio. Olor a tierra mojada.: Formato CD. Porfolio. 2,5 MB de desarrollo, Madrid 1977.

Miembro de la tertulia literaria "Papeles del Martes" donde también ha publicado de forma colectiva.

"Papeles del Martes: nº 26, Pág. 26 Salamanca. 2001.  
 "Papeles del Martes: nº 27 "Un poema nace" Pág. 8 Salamanca. 2001  
 "Papeles del Martes: nº 28 Pág. 34: Salamanca 2002.  
 "Papeles del Martes: nº 29 Pág. 12: Dos poemas a mi madre. Salamanca 2002  
 "Papeles del Martes: nº 30 Pág. 20: Ayer de Amanecida. Salamanca 2003  
 "Papeles del Martes: nº 31 Pág. 15: Sueños perdidos, Morir despacio, Paz. Salamanca 2003  
 Papeles del Martes: nº 32 Pág. 22: Dos poemas: Al Alba. Tarde. Salamanca 2004

#### OTRAS PUBLICACIONES:

Poesía: Grupo Álamo. "Plaza de San Esteban" Salamanca. 2002.  
 Revista Literaria: Luces y Sombras: Fundación María del Villar Nº 20, 2003: Los cuatro elementos. pag. 144.  
 Revista L´Aceña: Alba de Tormes, pueblos y comarcas: Sec. Páginas poéticas: "Besos para el camino" Nº 12 Enero Marzo, 2003, Pág. 30-31.

#### PREMIOS

Primer premio en el Certamen internacional "Pluma de oro de Poesía 2001" con la obra <<Besos de Cristal para el Camino>>. Alcorcón. (Madrid) 2001.  
 Finalista en el certamen literario "X premio de poesía de Peñaranda de Bracamonte 2003"

Primer premio de Poesía del <<XIX Certamen internacional de Poesía "Gabriel y Galán 2004. Poemario: Remando hacia el corazón">>Guijo de Granadilla (Cáceres). Premio segundo a la mejor colección de fotografía "La Gaceta", VII Rally Fotográfico de Alba de Tormes. Octubre 2004.

Desde la utopía, sueña... aunque pisa la tierra firme del presente.  
Apasionado de la docencia. Cree en la educación como obra de vida.

Constante e incansable en el trabajo. Con voluntad de ser, siendo, mientras exista la esperanza.

EL corazón y la mente siempre en busca de proyectos y caminos nuevos por descubrir, mientras va en ruta hacia alguna parte.  
En tanto llega la tarde en los cuatro puntos cardinales, y la madurez de las arrugas en la frente, la rosa de los vientos le impulsa al optimismo, a la esperanza de mejorar la vida, el mundo, los hombres, desde la insignificancia planetaria de sí mismo.  
Su horizonte: la vida en plenitud.

JOSE LUIS MOYA PALACIOS  
San Pablo 66-80 1 º C, Esc. 2  
37008 Salamanca  
Tel: 923-269665  
Correo electrónico:  
jlmoyap@ono.com  
jlmoya@usal.es